

CRÓNICA

DIRECTORIO

08 de agosto de 2004, número 460

INMIGRACIÓN / LAS PATERAS DE LA MUERTE

Primer ángel del estrecho

HIZO LA TRAVESIA en brazos de su madre, pero naufragaron en Tarifa. Tenía unos 9 meses, nadie sabe su nombre y es el primer bebé-patera ahogado. Era niña

ILDEFONSO OLMEDO

Levantó la niebla en el Estrecho y después todo fue espanto. La marea, al menguar, abrió las puertas a la crecida del viento. El Levante, hasta de fuerza seis, apagaba el rumor del motor de la embarcación pero no pudo acallar los gritos (seis de la mañana). Los que no sabían nadar quedaron atrás... Palabra de mariscador, el único que de verdad contempló, agazapado en el amanecer, la fantasmagórica aparición de aquellas 33 cabezas embistiendo en zodiac la rompiente. Inmigración, kilómetro cero. Enésima tragedia.

Cuando los hombres de verde sacaron a tierra el primer cadáver (pasadas ya las nueve), un escalofrío de horror les impelió a rastrear nerviosamente. A contrareloj. Aquella mujer joven llevaba una mochila portabebé a la espalda. «Buscábamos como locos, a ver si aún...». Dos guardias se habían quitado el uniforme y brazeaban entre los restos del naufragio. Aquí un abrigo, allí las petacas de gasolina flotando, la patera de goma vieja encallada entre rocas... «¡Allí, allí!», gritó el sargento Raúl desde lo alto de un peñasco. Sobre las aguas, con los ojos abiertos, un bebé muerto flotaba encarado al cielo.

La fotografía (que nadie llegó a hacer) está en la retina de Morilla, uno de los guardias civiles de Tarifa que esa mañana rescataron los cuerpos en la zona de Punta Paloma. Antes de que

madre e hija yacieran en la orilla -sobrevestidas ambas para combatir las seis horas de travesía, probablemente desde el sur de Tánger: la mujer con ropas negras y unas zapatillas blancas y la niña con un cremallado anorak rosa y blanco con gorro- la tragedia esculpió con el oleaje una nueva y dolorosa imagen de La Piedad. Las aguas del Estrecho, vistas después a través de las gafas de buzo del grupo de rescate subacuático de la Guardia Civil llegado de Ceuta en busca de más cuerpos hundidos (aparecieron finalmente cinco), convertían una vez más la orilla española en monte Calvario de la inmigración. Y a los barqueros marroquíes, en más que poncios pilatos en el enjuague del tráfico de seres humanos. Precio de embarque: 11.000 euros.

La madre era negra, joven (24 años se le calculan), de pelo corto y complexión recia. Muerta en la flor de la vida. El mar rompió el lazo maternal, le arrancó de los brazos a su bebé de unos nueve meses... «Quizá, al ver que ella se ahogaba, aflojó los brazos esperanzada en que la pequeña flotaría y se salvaría», quiere creer uno de los guardias. Que era una niña lo averiguó pronto Morilla, 35 años y dos largos ya en un destino, Tarifa, lleno de pateras. «Al mirarle de cerca vi que tenía agujeros para pendientes en las orejas... Yo he ayudado a críos y madres con bebés a salir del agua, les he cambiado después los pañales, les he dado de comer... Pero hasta ahora siempre estaban vivos. La cara de esa pequeña no se me va de la cabeza».

Tarifa: tres lustros y un año de inmersión en la tragedia de las barcazas (ayer de madera, como la primera hundida, en 1988; hoy zodiacs de goma) que zozobran. Hombres muertos, mujeres muertas, adolescentes muertos, niños muertos, embarazadas muertas... Ya también bebés. El último sábado del mes de julio, ese día en que el guardia Morilla contempló horrorizado a esos dos cuerpos que minutos antes estuvieron abrazados (iconografía cristiana de La Piedad al pie de la cruz), tendrá para siempre un capítulo en el voluminoso libro de los difuntos del Estrecho. 31 de julio de 2004. Rescatado el cuerpo del primer bebé-patera ahogado en un naufragio.

JUNTAS EN LA MORGUE

El ADN confirmará (o no) la convicción del guardia Morilla, sabedor de que en la embarcación viajaban hasta cinco mujeres. «Tengo la certeza de que son madre e hija», dice. Ahora siguen juntas en la morgue. Cementerio de Los Barrios, cámara frigorífica tres, cadáveres 1 y 2 de los cinco del naufragio de Tarifa (los cuerpos se enumeran por orden de aparición). Toda su historia se reduce casi a presunciones. Eromo Mobes, nigeriano y superviviente, ha contado que la mujer traía a la pequeña acurrucada sobre su hombro. Y nada más se sabe. No tienen nombre ni nadie que reconstruya su pasado. Llegaron de algún lugar del Africa negra (Nigeria y Liberia podrían ser) y pagaron el más alto peaje que se cobra el mar de las pateras. Como los otros infortunados que, el 25 de octubre de 2003, zozobraron de muerte en la Bahía de Cádiz, cuando se guiaban por las luces de la base naval de Rota en mitad de una tormenta. Quince de aquellos 37 cuerpos recuperados, los que nadie reclamó ni se pudo identificar, comparten hoy el frío de la morgue con los del reciente naufragio en espera de que concluyan las pruebas de ADN por si en un futuro aparecen parientes.

Una expresión oída en la zona ayuda a entender por qué, en los cementerios de la costa gaditana, sigue habiendo nichos sin nombre. «Son los muertos de nadie», se dice. «A diferencia de lo que ocurre con los magrebíes, nunca se ha podido identificar el cadáver de un negro», apunta quien regenta en Tarifa una casa de acogida para madres y bebés llegados en patera, en su mayoría subsaharianas. Cristiano de base, el buen vecino está decidido a dar sepultura en el camposanto de Tarifa a la mujer y al bebé. No sería la primera vez. «Si no hubieran muerto, probablemente hoy estarían en nuestra casa de acogida», explica su empeño.

También el guardia Sebastián tiene abierta guardería para inmigrantes. Tarifeño de nacimiento, gran parte de su benemérita labor está volcada en el socorro y primera atención de los clandestinos que arriban a la costa. El sábado de la semana pasada, fue el quinto hombre de uniforme en contemplar el cuerpo del bebé. Llevaba una cámara fotográfica colgada al cuello pero fue incapaz de apretar el disparador. Los ojos se le llenaron de

lágrimas cuando tuvo a la pequeña entre sus brazos. «Agaché la cabeza y rompí a llorar». Pese a su largo archivo de imágenes mentales desde que lleva destinado en el puesto de Tarifa (1990), pese a que en dos ocasiones ha sido capaz de arriesgar su integridad física rescatando a inmigrantes aferrados a una roca en mitad de una mar imposible (hasta ocho personas le deben la vida), aquel cuerpecito inerte de bebé desarboló al uniformado de pies a cabeza. «Nadie está preparado para contemplar eso», dice. «A veces me ha tocado bucear a pelo [sin gafas] entre restos de un naufragio que acaba de suceder. Conozco bien esta costa donde crecí. Cuando me encuentro con ropa flotando, cierro los ojos al tocar. Que no sea, que no haya cuerpo, me digo. Siento siempre un repelús, ese vértigo de tocar muerte. Lo del otro día fue aún peor. Cogí a la niña en los brazos y... no pude. Hasta he soñado con su carita. Si hay Dios, no es justo que permita que esto pase con criaturitas así...».

LOS SUPERVIVIENTES

Fatama Habí y Eromo Mobes, de Nigeria, sobrevivieron a la misma patera. Él pasó tres años en Marruecos hasta reunir el dinero que le exigían las mafias para cruzarle a esta orilla. Todo su viaje anterior había sido por tierra: Benin, Mali, Argelia. Saber nadar no sólo le salvó a él. También a un compañero de travesía al que logró agarrar cuando ya se iba al fondo.

Ha hecho más estos días Eromo: de su puño y letra, en inglés, ha dejado escrito un relato en el libro de las pateras. Se trata de una libreta que el guardia Sebastián tiene desde el 14 de julio de 2003. Todo el que pasa por el centro de recepción de inmigrantes de Tarifa es invitado a narrar su historia. «Llevaré unas 150», calcula. Narraciones de guerra, de pobreza, de hambre.

«La comunidad internacional es cómplice de los mercaderes de inmigrantes», decía José Chamizo, Defensor del Pueblo andaluz, al calor de la muerte del pequeño bebé en Tarifa. Recordaba también Chamizo que la inmigración «es un derecho reconocido por la Declaración de los Derechos Humanos».

«Yo nací en Labria», empieza su relato en la libreta del guardia Sebastián la veinteañera

nigeriana Fatama Habí. Huérfana desde los tres años, explica en inglés que decidió emigrar para poder enviarles dinero a dos hermanos menores que dejó en Nigeria y «puedan crecer felices». «Esa fue la razón para dejar mi país», concluye la joven.

Fatama, Eromo... Sus palabras pueden contar el cómo y el porqué. Otros muchos que les precedieron ya sólo son silencio. Cifras. En lo que va de 2004, pese a que el número de pateras ha disminuido (100 embarcaciones y casi 1.000 inmigrantes menos que en el mismo periodo del 2003), los cálculos oficiales hablan de 47 ahogados en pateras que cruzaban el Estrecho o surcaban el Atlántico rumbo a Canarias. En 2003, finalmente los muertos fueron 104. Organizaciones como Atime, que agrupa a trabajadores marroquíes en España, refieren el Estrecho como un inmenso matadero que sólo de 1997 a 2002 se habría cobrado 4.000 vidas.

Al principio sólo hubo hombres. Después llegaron adolescentes, niños, mujeres... A la primera bebé muerta nadie sabe darle un nombre. Tendrá una tumba anónima junto a su madre en la tierra que nunca pisó. Y una fecha: 31 de julio de 2004.